



Peter Baker/The New York Times

En su acto final de campaña la semana pasada, Kamala Harris despreció a Donald Trump afirmando que se trataba de un caso atípico que no representaba a Estados Unidos. "Eso no es lo que somos", declaró.

Sin embargo Trump resultó, al parecer, que es exactamente lo que somos. Al menos la mayoría de nosotros.

La suposición de que Trump representaba una anomalía que por fin sería enviada a las cenizas de la historia fue arrastrada el martes por la noche por una corriente roja que barría los estados del campo de batalla, y barrió la comprensión de Estados Unidos nutrida durante mucho tiempo por su élite gobernante de ambos partidos.

El establishment político ya no puede tratar a Trump como un paréntesis en la larga marcha del progreso, una oportunidad que de alguna manera se coló en la Casa Blanca hace ocho años. Con su victoria del martes para reclamar la presidencia, Trump ahora se convirtió en una fuerza transformadora que está cambiando a Estados Unidos a su propia imagen.

El desencanto populista con la dirección de la nación y el resentimiento contra las élites demostraron ser más profundo de lo que muchos en ambos partidos habían reconocido. La campaña impulsada por la testosterona de Trump aprovechó la resistencia a elegir a la primera mujer presidenta. Y mientras que decenas de millones de votantes votaron contra Trump, una vez más él aprovechó una sensación entre muchas otras de millones de que el país que conocían se estaba en peligro, bajo asedio económica, cultural y demográficamente.

"El verdadero Estados Unidos se convierte en el Estados Unidos de Trump", afirmó Timothy Naftali, historiador experto en presidencia de la Universidad de Columbia. "Si este hombre no murió políticamente el 6 de enero de 2021 (el ataque al Capitolio), entonces este no es el Estados Unidos que conocíamos", agregó.

Para los aliados de Trump, su victoria reivindica su argumento de que Washington se ha desconectado de la gente, que Estados Unidos es un país cansado de las guerras en el extranjero, la inmigración excesiva y de la corrección política.

"La elección de Trump habla de la profundidad de la marginación que sienten aquellos que creen que han estado en el desierto cultural durante demasiado tiempo y su fe en la única persona que ha dado voz a su frustración y su capacidad de centrarlos en la vida estadounidense", afirmó Melody Barnes, directora ejecutiva del Instituto Karsh de Democracia de la Universidad de Virginia y exasesora del expresidente Barack Obama.

Y en lugar de ser alejar gente con sus discursos raciales, de género, religión, origen y especialmente identidad transgénero, muchos estadounidenses los encontraron esperanzadores. En lugar de ofen-



Timothy Naftali, historiador experto en presidencia de Columbia

"El verdadero EE.UU. se convirtió en el EE.UU. de Trump"

Finalmente Trump no es la aberración histórica que algunos pensaban que era, sino una fuerza transformadora que está cambiando al Estados Unidos moderno a su propia imagen.

derse por sus mentiras descaradas y teorías conspirativas muchos lo encontraron auténtico. En lugar de desestimarlos como un delincuente declarado por varios tribunales como estafador, tramposo, abusador sexual y difamador, muchos abrazaron su afirmación de que era una víctima de persecución.

"Esta elección fue una tomografía computarizada del pueblo estadounidense, y por muy difícil que sea decirlo, por muy difícil que sea nombrarlo, lo que reveló, al menos en parte, es una afinidad aterradora por un hombre corrupto sin límites", aseguró Peter Wehner, exasesor

del expresidente George W. Bush y crítico de Trump. "Donald Trump ya no es una aberración; es una norma".

El hecho de que Trump fuera capaz de recuperarse de tantas derrotas legales y políticas en los últimos cuatro años, cualquiera de las cuales habría sido suficiente para arruinar la carrera de cualquier otro político, es un testimonio de su notable resiliencia y desafío.

La culpa de Biden-Harris

Pero la victoria de Trump también se debió en parte a los fracasos del Presidente Biden y de la vicepresidenta Kamala Harris. Su victoria fue un repudio de una administración que aprobó programas radicales de ayuda por la pandemia, gasto social y cambio climático, pero que cojeó por la alta inflación y la inmigración ilegal, temas de los que se acordaron y abordaron demasiado tarde.

Además Biden y Harris nunca lograron sanar las divisiones de la era Trump como se prometió, aunque puede que nunca haya sido posible. Ambos tampoco pudieron averiguar cómo canalizar la ira que impulsa su movimiento o responder a

las guerras culturales que fomenta.

Una vez que Harris le quitó la antorcha a Biden, en un principio enfatizó su candidatura como una misión positiva y llena de alegría para el futuro, emocionando e impulsado a los demócratas tras ella, pero no fue suficiente para ganarse a los votantes que menos les interesa la política.

Harris llamó a la unidad durante sus últimos días, pero su mensaje de armonía de "todos estamos juntos en esto" se quedó corto contra el mensaje beligerante de Trump. Tanto como cualquier otra cosa, las elecciones reforzaron lo polarizado que se ha vuelto el país, dividido por la mitad. Es una era tribal, un momento de nosotros contra ellos, cuando cada lado está tan divorciado del otro que les resulta difícil incluso comprenderse el uno al otro.

Ahora resulta que la era de Trump no fue un paréntesis de cuatro años. Suponiendo que termine su nuevo mandato, ahora parece que será una era de 12 años, lo que lo coloca en el centro del escenario político estadounidense tanto como Franklin D. Roosevelt o Ronald Reagan lo fueron.

Después de todo, es el Estados Unidos de Trump.